

SOCIEDAD Y CAMBIO SOCIAL EN ALAIN TOURAINE Y MICHEL CROZIER*

73

*Enrique Guerra Manzo***

El presente ensayo compara la teoría sociológica de Michel Crozier y la de Alain Touraine en tres planos que se exponen sucesivamente, y en los cuales se exploran sus coincidencias y divergencias: la imagen de la sociedad y de la acción colectiva que proyectan sus respectivos estudios; la explicación del campo organizativo y, finalmente, del cambio social. La confrontación de la obra de los dos autores posibilita una mayor comprensión tanto de la dirección —respecto a los clásicos del siglo XIX— en que han construido sus teorías (Touraine discrepa principalmente con Marx, Crozier con Weber), sus alcances y limitaciones, así como el tipo de ciencia social que conciben y las expectativas valorativas que defienden.

Society and social change in the work of Alain Touraine and Michel Crozier

This article compares the sociological theories of Michel Crozier and Alain Touraine on three different planes which are treated successively and in which their points of convergence and divergence are explored: firstly, the images of society and of collective action which are projected in their respective works; secondly, their explanations of the organizational field; and, finally, their concepts of social change. By comparing the works of the two authors, it is easier to understand the influences —with respect to the classics

* Agradezco los comentarios de la doctora María Luisa Tarrés, que me animaron a preparar este trabajo para su publicación.

** Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco.

of the nineteenth century— under which they have constructed their theories (Touraine appears to be arguing principally with Marx, Crozier with Weber), the scope and limitations of their proposals, as well as the type of social science they espouse and the valorative expectations they defend.

Société et changement social chez Alain Touraine et Michel Crozier

Cet essai présente une comparaison entre la théorie sociologique de Michel Crozier et celle d'Alain Touraine dans trois différents niveaux qui s'exposent succesivement, et dans lesquels leurs coïncidences et divergeances sont explorées: l'image de la société et de l'action collective que projettent leurs études; l'explication du champ d'organisation, et finalement, du champ social. Face aux classiques du XIX^e siècle, la confrontation de l'oeuvre des deux auteurs —avec ses réussites et ses échecs— rend possible une compréhension plus approfondie aussi bien de la direction dans laquelle ils ont construit leurs théories (Touraine *versus* Marx et Crozier *versus* Weber), que du genre de la science sociale qu'ils conçoivent et les expectatives valoratives qu'ils défendent.

74

La hipótesis principal que se intentará demostrar aquí es que, si bien Touraine y Crozier parten del carácter no natural sino construido de la acción colectiva y ven a la sociedad como un entramado de relaciones y acciones que llevan a cabo ciertos actores, las implicaciones teóricas que desarrollan son muy distintas, debido, entre otras cosas, tanto al campo social que privilegian en su obra (Touraine el de la historicidad, Crozier el organizacional), como a las apuestas valorativas que cada uno sostiene: Touraine se compromete con una sociología militante y libertaria que focaliza su atención en los movimientos sociales; Crozier, por el contrario, se pronuncia por una ciencia social experimental que nos enseñe cuáles son las mejores maneras de desencadenar los círculos virtuosos que permitan a las sociedades complejas alcanzar el cambio social de manera gradual y causando el menor daño posible.

Por otra parte, considero que la teoría social que han desarrollado ambos autores no puede comprenderse plenamente sin el debate que éstos han sostenido entre sí, y que aún es poco conocido en América Latina.¹

La sociedad

El título de uno de los libros más importantes de Touraine (*Producción de la sociedad*) enuncia cuál es la línea general que ha caracterizado su pensamiento:

la sociedad se produce a partir de modelos culturales, modelo de acumulación y modelo ético, que están a su vez vinculados con un estado de la producción y, más precisamente con un modelo de la historicidad, es decir de capacidad de producción de la sociedad por ella misma. Esta interdependencia del estado de la producción y del trabajo, por un lado, y de los modelos de representación del mundo y del sujeto, por otro, es la idea en que se basa este libro (1995: 11).

¹ Un buen balance del ambiente intelectual francés en que Touraine y Crozier escribieron sus primeras obras aparece en Lemert (1981).

Touraine afirma que debemos concebir a la sociedad como una "red de acciones y de relaciones".² Así, el principio central en que debe basarse el análisis sociológico es el siguiente: el sentido de las conductas no se ha de explicar por la conciencia del actor o por la situación en que se encuentra, sino por las relaciones sociales en que está implicado. Sociología y análisis de las relaciones son sinónimos. Por lo tanto, hay que distinguir tres diferentes géneros de relaciones sociales a los que corresponden los grandes capítulos o campos analíticos de la sociología: primero, el nivel de la organización social, que comprende relaciones de reciprocidad y diferencia de acuerdo a ciertas normas y a un orden; segundo, el nivel de la formación de decisiones, aquí los actores ya no actúan dentro de un conjunto de normas y de expectativas legítimas sino que las relaciones son de concurrencia y no de reciprocidad, de influencia y no de diferencia; finalmente, en el nivel de la historicidad las relaciones se establecen entre actores que no están ni en reciprocidad ni en concurrencia sino en conflicto y en situaciones de dominación.

Tales relaciones sociales son en parte manifiestas —en la medida en que dominantes y dominados están con conflicto y luchan por el control de la historicidad— y en parte ocultas con relación al grado en que se impone una dominación que encubre la impugnación popular mediante la opresión, la alienación, la propaganda y la desintegración o la reducción a la violencia o a la retirada. De aquí que Touraine advierta que el sociólogo debe ser precavido al acercarse a su objeto de estudio para dar la palabra a quienes no la tienen y para sacar a la luz lo que se oculta³ (Cfr. 1977: 16 y s.; 1995: 23-33).

Como podemos observar, Touraine considera a la sociedad como un sistema de sistemas de relaciones (organizativo, institucional, de acción histórica) que conforman, por un lado, la estructura social y, por otro como un sistema de sistemas de acción social.

En efecto, para Touraine la sociedad no es sólo una organización, no es el conjunto de medios que corresponden a un conjunto de valores o bien a la acción de un poder social. Lo que sí constituye un poder unificado es el Estado, no la sociedad. De hecho, el papel del Estado debe comprenderse como el esfuerzo de integración práctica de los diferentes sistemas sociales que son de naturaleza diferente. El sistema organizativo, como abundaremos más adelante, es la gestión de un conjunto de medios y de

² En otra parte, reaccionando contra el individualismo metodológico, Touraine sostiene que la unidad de análisis debe ser la acción colectiva y no el individuo guiado por preferencias. Y define a la acción colectiva del siguiente modo: "es la conducta de un actor guiado por orientaciones culturales dentro de un juego de relaciones sociales definidas por sus enlaces desiguales con el control de tales orientaciones". Citado por Scott (1991: 33).

³ Touraine también señala que el problema central de la sociología es comprender cómo una sociedad se funda en un conjunto de orientaciones, aunque esté dirigida y organizada por un poder; comprender que la sociedad es una y doble, historicidad y relaciones de dominación. Y este problema no se puede resolver más que reconociendo la capacidad de la sociedad para determinar por sí misma, mediante su acción histórica, mediante su trabajo sobre su trabajo, las orientaciones que rigen su funcionamiento. Ese distanciamiento de sí implica necesariamente la división de la sociedad en dos clases opuestas, mismas que mantiene entre sí relaciones de dominación y de conflicto por la dirección de la acción histórica. Estos dos aspectos de las relaciones sociales, el conflicto y la dominación, Touraine los distingue sólo analíticamente pero nos advierte que en la práctica aparecen como insolubles.

relaciones internas y externas, en función de objetivos que se determinan con las variaciones de un entorno que nunca está totalmente controlado.

El sistema político es más un campo de formación de objetivos que un sistema de pilotaje sobre un entorno y en él no se pueden distinguir del todo fines y medios. Los medios políticos son los instrumentos de determinación de los fines que se imponen a las organizaciones. Este sistema no se rige por normas porque él mismo las produce (en forma de leyes, reglamentos). No se basa en la autoridad sino en la influencia, las estrategias, y procede mediante transacciones y negociaciones en la medida en que éstas son compatibles con la dominación que ejerce la clase dominante. Asimismo, su funcionamiento se define por su adaptación, no al entorno como ocurre con el sistema organizativo, sino a las relaciones cambiantes entre las fuerzas políticas y los grupos de interés más particulares que actúan por intermedio de aquéllas.

El sistema de acción histórica (SAH), en cambio, produce el campo de la experiencia social. No posee ninguna organización interna que le permita llegar a decisiones. En el SAH no se puede hablar de entorno porque éste se define por la acción que una sociedad ejerce sobre sí misma, "por su historicidad,⁴ por su capacidad de rebasar su funcionamiento y de definir, no arbitrariamente, sino a partir de su modelo cultural, de su acumulación y de su modo de conocimiento, su tipo de desarrollo" (1995: 233 y s. ; 1969: 94 y s.).

Asimismo, en la medida en que Touraine localiza las relaciones de clase en uno de los componentes de la historicidad (la acumulación), éstas penetran en el SAH para conformar el campo de la historicidad. De esta forma, las clases sociales aparecen como los actores en la lucha por el control del SAH y de la historicidad misma, lucha que opone a la clase superior con la clase popular.⁵

⁴ Con el concepto de historicidad Touraine trata de referirse a la naturaleza particular de los sistemas sociales: más allá de su reproducción combinada con los accidentes que podrían hacerlos cambiar, más allá también de sus posibilidades de aprendizaje y de adaptación, tienen la capacidad de actuar sobre ellos mismos por intermedio de un conjunto de orientaciones culturales y sociales. Todas las sociedades son, a la vez, actividades y reflexión sobre esas actividades, reflexión que rige, a su vez, las orientaciones de la acción social, los mecanismos de decisión y las modalidades de funcionamiento de las sociedades concretas. Su capacidad de modificar su relación con el entorno se manifiesta en un modelo de conocimiento, en un tipo de acumulación y en un modelo ético que constituyen en conjunto la historicidad. Ésta rige un sistema de orientaciones que controla los sistemas de funcionamiento y de adaptación. El contenido de la historicidad depende del tipo de actividad de la sociedad, de su trabajo, pero lo transforma en cultura y organización social. La historicidad, precisa Touraine, "no es el proceso que la hace pasar del estado T al estado $T+1$. Este concepto está definido en el seno de un análisis sincrónico" (1995: 43). Para el concepto de historicidad y de las premisas en la obra de Touraine véase Zapata (1992).

⁵ La oposición de las clases se basa en la acumulación, principal división de la sociedad dentro de sí misma; pero al mismo tiempo, su conflicto se sitúa en un campo cuya unidad se define por el modelo ético y por el conjunto del sistema de acción histórica. Las relaciones de clase no son para Touraine, por tanto, ni relaciones de competencia o de superposición dentro del orden social, ni relaciones de contradicción sino relaciones de conflicto, que se manifiestan mejor mediante los movimientos sociales que ponen en marcha la doble dialéctica de las clases sociales, lucha entre dos adversarios que defienden intereses privados, pero que también se hacen cargo del SAH. Las relaciones de clase son, a la vez, abiertas y cerradas: abiertas, porque son conflictivas; cerradas porque la clase superior impone su dominio y reduce a su adversario a la enajenación. La clase dirigente se identifica con el SAH, pero identifica también a éste con sus intereses particulares

Así, los tres sistemas o niveles de análisis de la sociedad que distingue Touraine son de naturaleza diferente y su encadenamiento no está regulado por ninguna autoridad, "sino solamente gestionado por el Estado en el marco de una unidad social concreta y por lo tanto heterogénea" (1995: 234).

Por otra parte, si bien Touraine afirma que hay una jerarquía entre los sistemas sociales: la determinación de la organización social y del sistema político por el campo de la historicidad —el cual está constituido por la interacción del SAH y las relaciones de clase—, no considera a este último como una situación, sino como un conjunto de orientaciones de la acción y de relaciones entre los actores. De aquí, que el análisis sociológico que él propone no pueda separar la explicación de los sistemas sociales de la comprensión de los actores, "porque los sistemas relacionan orientaciones, en tanto que los actores no son más que agentes de los sistemas" (1995: 235).

Crozier, por su lado, al igual que Touraine,⁶ se propuso elaborar un modo de razonamiento diferente al que predominaba en la década de 1970 para reflexionar sobre los problemas de la acción colectiva, y por ende, organizada, de los hombres, frente a las condiciones que la hacen posible y las restricciones que encuentra. Su tema principal es una reflexión sobre las relaciones entre el actor y el sistema. En este sentido coincide con Touraine en una imagen de la sociedad como un entramado de acciones y de relaciones sociales. Sin embargo, a diferencia de éste que se ocupa de las relaciones sociales que mantienen los actores en distintos campos, Crozier, por razones que posteriormente se mencionarán, se concentra sólo en el campo organizacional e intenta explorar los márgenes de libertad y las restricciones que encuentran tanto los actores individuales al desarrollar acciones colectivas como las organizaciones.⁷ El razonamiento que propone Crozier se estructura en torno de estos dos polos opuestos. "El actor no existe fuera del sistema que define la libertad, que es la suya, y

y establece así su dominación sobre la sociedad. La clase popular asume por su parte una actitud defensiva contra esa acción e impugna (actitud contestataria) la apropiación privada de la historicidad. Así se establecen los pares: clase dirigente —contestataria en relación con la historicidad; dominante —defensiva en relación con el particularismo (intereses) de las clases (1995: 354). Esta caracterización de las clases será de gran utilidad para explicar las formas en que se produce el cambio social.

⁶ Según Touraine lo que contrapone su perspectiva con el funcionalismo es su argumento de que "la producción de la sociedad por ella misma se realiza a través de un conflicto central, de suerte que la modernidad siempre está dividida entre adversarios que no están guiados uno sólo por la razón y el otro por la tradición o la pasión". Contra el marxismo Touraine señala que lo que hay que eliminar por completo es que ciertas fuerzas sociales son portadoras de un sentido de la historia y, por tanto, deben portarlo objetivamente. Por ello poco a poco Touraine fue dejando de hablar de clases sociales y sustituyó el concepto por el de *movimientos sociales* (1995: 12-14).

⁷ Véase en Fridberg (1993: 291-293), las razones por las que Crozier se ocupa del campo organizacional. En la medida en que Crozier estudia las acciones, tanto de actores individuales como colectivos en el plano organizacional, puede incorporar con mayor libertad que Touraine las aportaciones del individualismo metodológico, el *rational choice* y la teoría de juegos. Un buen balance de estas influencias teóricas en la primer obra importante de Crozier *El fenómeno burocrático* aparece en Grémion (1992: 8-11). En cambio, Touraine se inclina más por un enfoque hermenéutico sobre la acción colectiva. Cfr. Tarrés (1992: 744); Bizberg (1989: 509-515); Cohen (1985: 695-705).

la racionalidad que puede emplear en su acción. Pero el sistema no existe porque hay un actor; únicamente él puede generarlo y darle vida, y sólo el puede cambiarlo" (1990: 10 y s.). De la yuxtaposición de estas dos lógicas nacen las restricciones de la acción organizada o colectiva.

La pregunta central que se plantea Crozier es ésta: ¿En qué condiciones a qué precio, en cuanto a restricciones, es posible la acción colectiva, es decir, la acción organizada de los hombres?

La premisa para responder tal pregunta se basa en la siguiente afirmación: "Si la acción colectiva constituye un problema para nuestras sociedades, esto se debe ante todo a que *no es un fenómeno natural*. Es un *constructo social*, cuya existencia plantea problemas y del cual todavía hay que explicar las condiciones en que surge y cómo mantenerlo".

A partir de la premisa anterior formula las siguientes proposiciones:

1) Todas las acciones de los hombres implican el riesgo de caer en lo contrario de lo que buscan: hay un *efecto contraintuitivo*, es decir, inesperado, perverso, no deseado, en el fondo de toda acción colectiva (1990: 14 y s.).

2) El efecto contraintuitivo puede parecer como un dilema lógico inherente a la estructura de los problemas materiales por resolver —como adecuadamente ha planteado Mancur Olson.⁸ Pero también se trata de un *efecto de organización* o de un *efecto sistema*. Si los resultados de la acción colectiva se contraponen a las voluntades de los actores esto nunca se debe únicamente a las propiedades intrínsecas de los problemas "objetivos"; también se debe a la estructuración social del campo de acción, es decir, a las propiedades de la organización, de los sistemas de acción organizados, o de ambos; en resumen, de los constructos de la acción colectiva⁹ mediante los cuales se tratan los problemas y sin los cuales no podrían serlo o no serían lo que son (Friedberg, 1993: 284; Crozier, 1990: 15 y s.).

Así, pues, acción colectiva y organización son complementarios. Son las dos facetas indisolubles de un mismo problema: el de la estructuración de los campos dentro de los cuales se desarrolla la acción. Y tanto del lado de la acción como de la organización hay efectos contraintuitivos (recordemos, por ejemplo, el dilema del prisionero).¹⁰

3) Entre toda la gama de estructuraciones posibles de un campo de acción, la *organización* constituye la forma más visible y más formalizada; la que por lo menos parcialmente se instituye y se controla de una manera consciente.¹¹ Puede, pues, *proporcionarnos hasta cierto punto, un modelo experimental del efecto sistema* en un marco ciertamente más artificial pero en el cual el problema es el mismo: el de la cooperación y la interdependencia de los actores que persiguen intereses, si no contradictorios por lo menos divergentes. Así, preguntarse sobre la organización como problema es por lo tanto tratar de elaborar un modo de razonamiento que permita analizar y comprender la 'naturaleza' y las dificultades de la acción colectiva.¹²

⁸ Olson (1992).

⁹ Por ello debe entenderse una mediación o relación ineluctable entre los fines que se persiguen y los medios que se tienen que emplear para alcanzarlos.

¹⁰ Al respecto véase el excelente libro de Axelrod (1986).

¹¹ Cfr. Friedberg (1993: 308).

¹² Tales dificultades podemos enumerarlas a continuación: 1) *En un primer nivel está el de la cooperación*. Toda empresa colectiva —y esto es innegable— se basa en un mínimo de integración de los comportamientos de los individuos o de los

Como podemos observar, aunque Crozier y Touraine se proponen programas de investigación distintos —el primero privilegiando el campo organizacional, el segundo la historicidad—,¹³ coinciden, hasta cierto punto, en ver a la sociedad como un entramado de relaciones y acciones que llevan a cabo ciertos actores. Asimismo, comparten la idea de que la acción colectiva es una construcción social que involucra múltiples dimensiones.¹⁴ De esta manera, Crozier parece coincidir con la afirmación de Touraine de que la sociedad se produce a sí misma, aunque difiere, como veremos más adelante, en cómo ello ocurre, pues sostiene que la acción colectiva no es natural sino una creación humana —aquí convergen también en rechazar todo recurso al historicismo, o a un funcionalismo, que es incapaz de plantear con claridad cómo se produce, y cambia la sociedad, sin recurrir a un determinismo de los valores.

Justamente, desde mi punto de vista, es esta convergencia la que le permite a Touraine recuperar a Crozier para desarrollar la función que tiene el campo organizacional en su obra,¹⁵ misma que tiene dimensiones más ambiciosas que las de Crozier: remontarse del nivel organizativo, pasando por el campo político-institucional, para situarse en el plano de la historicidad y dilucidar cómo se producen y reproducen nuevas relaciones de dominación y de impugnación. Así, mientras que Crozier considera las relaciones de dominio como una premisa de la cual partir, pues no hay organización en que no se manifiesten, y lo que le interesa es averiguar la manera en que se establecen e interactúan las distintas lógicas que operan al interior de la organización para lograr los objetivos de ésta y, al mismo tiempo, los que persiguen sus miembros; a Touraine, por el contrario, le preocupa explicar cómo son cuestionadas o impugnadas las relaciones de dominación, y cómo ello lleva al establecimiento de distintos tipos sociales.¹⁶

grupos, en resumen, de los actores sociales involucrados, cada uno de los cuales persigue objetivos divergentes, incluso contradictorios.

2) *La acción colectiva como resolutora de problemas.* La acción colectiva, en la medida en que no es natural, no es un ejercicio gratuito; siempre será una coalición de hombres contra la naturaleza con miras a resolver problemas materiales.

3) *Las relaciones de poder y de dependencia.* Las relaciones de los actores —individuales o colectivos— entre ellos y con el problema que les atañe se circunscriben en un campo desigual, estructurado por relaciones de poder y de dependencia. Los actores son desiguales ante las incertidumbres pertinentes del problema, y aquéllos que por su situación, sus recursos o sus capacidades (que por supuesto siempre son personales y sociales, puesto que no se puede concebir un campo no estructurado), son capaces de controlarlas harán uso de su poder para imponerse ante los otros.

4) *La acción colectiva como sistema de poder.* Toda estructura de acción colectiva por estar sostenida sobre las incertidumbres “naturales” de los problemas por resolver, se constituye como sistema de poder. Es un fenómeno, un efecto y un hecho de poder.

¹³ Otra forma de decirlo es que Crozier explora los diferentes aspectos organizativos de la acción colectiva, mientras que en Touraine “el centro del análisis de la acción son las relaciones sociales conflictivas” (Cfr. Tarrés, 1992: 752).

¹⁴ Sobre la pluralidad de dimensiones que involucra la acción colectiva, véase las sugerentes observaciones de Melucci (1991: 351-364) y Friedberg (1993).

¹⁵ La deuda de Touraine con Crozier la hace explícita en una de sus obras más maduras (1995: 222 y s.).

¹⁶ Tarrés expresa lo anterior de la siguiente manera: “se puede afirmar que en un primer momento —en la obra de Touraine— el origen de la acción colectiva se ubica en la tensión entre reproducción de una práctica, y que en un segundo mo-

Revisemos ahora la forma que estos puntos de encuentro y desencuentro entre ambos autores se manifiestan en su teorización del campo organizacional del cambio social.

El campo organizacional

Para Crozier, la utilidad de estudiar la organización es que permite suministrar un marco para analizar y comprender la acción, entendida como la estructuración social de los campos de acción, es decir, como sistema de acción concreto.¹⁷ En otras palabras, las organizaciones formales no son sino el aspecto más visible, intencional y elaborado de los sistemas de acción concretos. Por tanto, la organización ofrece

80

una especie de modelo experimental del efecto sistema en un caso particular, que se puede considerar como más formalizado y también más artificial, pero dentro del cual el problema es el mismo, es decir, el de la cooperación y de la interdependencia. Su carácter artificial y las restricciones que le son propias constituyen condiciones experimentales: eliminan las interferencias (los ruidos) exteriores (Crozier, 1990: 188; Friedberg, 1993: 293).

Los sistemas en que Crozier piensa son constructos, no formalizados, cuyas reglas son absolutamente empíricas –que hay que descubrir mediante el análisis– y cuyos actores, aunque estén intuitivamente conscientes de los resultados, ignoran los mecanismos por completo y, por tanto, son incapaces de controlarlos totalmente.

La forma en que Crozier concibe el acercamiento al estudio de los sistemas es privilegiando la dimensión analítica más que la teórica, pues cree, contra Luhmann –y, como veremos, también contra Touraine–, que actualmente “no es posible elaborar una teoría general de los sistemas sociales. Lo que se nos presenta desde esta perspectiva sólo tiene interés como estimulante de la reflexión y del análisis y presenta el grave riesgo de desviarnos de la conformación necesaria con los datos empíricos debido a que ofrece posibilidades de interpretación demasiado fáciles y no verificables” (1990: 208). Sin embargo, no

mento esta acción, definida como una práctica social concreta, adquiere significados distintos, según sea al nivel del sistema social al que se oriente o refiera esta práctica” (1992: 751).

¹⁷ Para evitar extrapolaciones abstractas e injustificadas, Crozier utiliza la noción de sistema de acción concreto: “El sistema en este caso no es un esquema *a priori* sino un ensayo por reconstruir un constructo humano indispensable en la búsqueda de las actividades y de las relaciones sociales. El postulado subyacente a la afirmación de su existencia es el que plantea la existencia necesaria de un juego que permita coordinar las estrategias opuestas de las partes en relación, y la necesidad de un sistema continente que haga posibles los conflictos, las negociaciones, las alianzas y los juegos entre los contenidos en ese conjunto. Este postulado filosófico, es ante todo, un postulado de investigación que como tal no contiene ninguna hipótesis sustantiva sobre la ‘naturaleza’ de ese sistema, de sus propiedades y de sus ‘necesidades’. Nosotros simplemente postulamos que es posible demostrar la existencia concreta de juegos regulados y por tanto de sistemas de acción concretos” (1990: 201; también Friedberg, 1993: 293). El modo en que tales sistemas de acción concretos estén jerarquizados y entrelazados en un momento dado es una cuestión que, dados nuestros conocimientos actuales de la sociedad, no se puede resolver teóricamente sino empíricamente.

significa que se rechaza la teoría, pues Crozier formula un cierto número de postulados teóricos –los que mencionamos en el primer acápite– que trata de comprobar con hechos. Pero desde su perspectiva, “la teoría no es más que el fundamento del método gracias al cual tratamos de llevar nuestro análisis a buen fin. Darle prioridad al análisis significa, por tanto, darle prioridad al planteamiento y a la discusión de dicho planteamiento” (1990:209).

Así, al partir de una conceptualización de la acción colectiva como constructo humano, Crozier concibe el campo de estructuración organizacional de la siguiente forma.

Una situación organizativa determinada *nunca* limita totalmente al actor. Este conserva siempre un *margen de libertad*, cada actor dispone de poder sobre los otros actores, mismo que será más grande cuanto más pertinente sea para éstos la fuente de incertidumbre que aquél controla, es decir, que los afectará de una manera más sustancial en sus propias capacidades para jugar y perseguir estrategias. Su comportamiento se puede y se debe analizar como la expresión de una estrategia racional que tiende a utilizar su poder lo mejor posible para aumentar las “ganancias” de su participación en la organización. En otras palabras, tratará de aprovechar en todo momento su margen de libertad para *negociar su participación*, cuidando de manipular a sus agremiados y la organización en su conjunto, de tal suerte que esta “participación” le “reditúe” (1972: 36-38; 1990: 76).

Con la anterior perspectiva el funcionamiento de la organización ya no corresponde a la visión tayloriana de un conjunto mecánico de engranajes ajustados y movidos por una racionalidad única. Tampoco se puede comprender como la expresión de mecanismos impersonales o de imperativos funcionales que asegurarían ‘espontáneamente’ la satisfacción de las ‘necesidades’ de integración y de adaptación de un sistema cuya estructura se nos hubiera dado desde un principio. En este caso, la organización, a fin de cuentas, no es más que un *universo de conflicto*, y su funcionamiento el resultado de los enfrentamientos entre las racionalidades contingentes, múltiples y divergentes de actores relativamente libres que utilizan las fuentes de poder de que disponen. Los conflictos de interés, las incoherencias, los “lastres estructurales” que de ahí resultan, no son las manifestaciones de quién sabe que “disfunciones organizativas”, son el tributo que debe pagar una organización para poder existir y la condición misma de su capacidad para movilizar las contribuciones de sus miembros y para obtener de ellas esa “buena voluntad” sin la cual no puede funcionar en forma conveniente¹⁸ (1990: 77; 1969: 19).

En suma, en lugar de considerar el funcionamiento de una organización como el producto de la adaptación por diversos procesos, de un conjunto de individuos o de grupos con motivaciones propias, a los procedimientos y a las “funciones” previstas por ésta, Crozier propone considerarlo como el resultado de una serie de juegos¹⁹ en los cuales participan los diferentes

¹⁸ Para Crozier, el ser humano no es sólo “una mano” como predicaba la escuela racionalista de la organización científica del trabajo, o “un corazón” como descubrió más tarde la escuela de las relaciones humanas, sino también “una cabeza” y, por tanto, con capacidad de proyección hacia la libertad (1962: 19 y s.).

¹⁹ Son muchos los libros que definen lo que es teoría de juegos; para un buen resumen véase Tsebelis (1990). En forma breve podríamos decir que el concepto de juego en Crozier aparece como un instrumento que elaboran los hombres para reglamentar su cooperación, y es el instrumento esencial de la acción organizada. Tal instrumento “está ligado a los modelos culturales de una sociedad y a las capa-

actores organizativos —y cuyas reglas formales e informales— definiendo especialmente las posibilidades de ganancias y pérdidas de unos y otros—, delimitan un abanico de estrategias racionales,²⁰ es decir, “ganadoras”, que podrán adoptar si quieren que su compromiso en la organización sirva para sus expectativas personales, o por lo menos para que no les contraríe. Una vez aceptada la organización como un conjunto de juegos articulados entre sí, el fenómeno propiamente sociológico de la integración de las conductas de los actores ya no se interpreta como la consecuencia directa del aprendizaje de un conjunto de comportamientos interdependientes con sus correspondientes normas y valores. Se analiza como la consecuencia *indirecta* de la restricción fundamental que obliga a cada participante a no perder de vista las exigencias y las reglas de los juegos que prevalecen en la organización y contribuir así a cumplir con los objetivos de ésta (1990: 95; Friedberg, 1993: 301).

Por su parte, Touraine considera que Crozier confunde sistemas organizativos con sistemas políticos. Crozier dice que las “organizaciones simples y rígidas de otro tiempo, basadas en un modelo constrictivo que impone un juego de defensa, dejan lugar con lentitud a organizaciones más flexibles y más complejas, basadas en un modelo de juego cooperativo. Mientras que estos sistemas se vuelven cada vez más flexibles y reglamentados, las organizaciones se vuelven cada vez más flexibles y abiertas como sistemas políticos” (citado por Touraine, 1995: 203 y s.). Para Touraine lo anterior es confundir dos órdenes de cosas. Si bien acepta que es correcto tomar nota del paso de la organización por reglas a la organización por objetivos, y el rebasamiento del concepto que Weber llamó burocrático, ello no implica que el funcionamiento de las organizaciones modernas se parezca al de un sistema político abierto. “La amalgama entre organización e institución no es más que la aplicación de una ideología social, que desea considerar las relaciones sociales como totalmente institucionalizables, de modo que el poder *no es más que la influencia y se niega la dominación*” (1995: 203 y s. Subrayado mío). Así, si bien Touraine retoma algunos de los elementos de la obra de Crozier con esta crítica se aparta radicalmente de él.

En efecto, como mencionamos más arriba, Touraine en su planteamiento parte de la historicidad y del SAH, y después introduce el tema fundamental de los conflictos de clase. En este nivel trata de sistemas que no están totalmente controlados, dirigidos, gestionados. No existe poder que los mantenga en orden, aunque tanto el SAH como el sistema de las clases sociales tienden a reaccionar contra los desequilibrios y sus crisis. Con el nivel institucional o político del análisis se introduce una sociedad concreta y, por tanto, un sistema de decisión (Cfr. 1994: 218 y 360).

Touraine, siguiendo esta dirección encuentra el nivel de la organización social —en el cual ve situada la obra de Crozier—, de la práctica de una sociedad históricamente definida, y lo que normalmente se denomina las organizaciones, es decir, “unidades particulares formadas para la conse-

ciudades de los jugadores, pero sigue siendo contingente como cualquier constructo” (1990: 94).

²⁰ El concepto de racionalidad que utiliza Crozier es el que ha elaborado Herbert Simon: una racionalidad relativa en que los hombres mejoran sus desempeños por medio de ensayo y error, pero que nunca puede ser absoluta, como durante mucho tiempo creyeron los economistas. Véase Simon y March (1981); Tsebelis (1992, cap. 2) y Grémion (1992).

cución de fines específicos, dirigidas por un poder que establece formas de autoridad y determina el estatuto y los papeles de los miembros de la organización. Una empresa, una administración, un hospital son organizaciones, pero también se puede analizar una sociedad nacional valiéndose de este concepto" (1994: 265 y s.; 1969: 209 ; 1995: 195).

Touraine observa que las organizaciones tienen una doble naturaleza: son unidades particulares de acción y pertenecen a un campo de la historicidad y a una sociedad política. Son, a la vez, sistema y unidad de acción. Y ésta es una de las dos razones por las cuales una organización nunca puede transformarse completamente en un sistema político, reducirse a organizar la cooperación. La organización debe ser una unidad de gestión para responder a los apremios del medio y de sus necesidades internas. Conocer y manejar estos apremios —y aquí Touraine está recuperando ampliamente las aportaciones de Crozier en este terreno— impone siempre una concentración de la capacidad de decisión, cualquiera que sea el medio social de determinación de los objetivos y la naturaleza de las transacciones políticas de la organización (1994: 179 y s.).

La otra razón no tiene que ver con la intervención de las técnicas, sino con la del poder, las de las relaciones de clase —y en esto Touraine se aparta de Crozier (1969: 213 y s.; 1995: 203).

En suma, según Touraine, una organización posee dos caras: se sitúa en un *conjunto social*, es decir, en un campo de la historicidad y en un sistema político. Se ubica también en una *situación histórica* y geográfica cuyo análisis escapa en parte a la sociología. De esta manera, la construcción de un marco teórico es más ambicioso en Touraine lo cual le permite asimilar en gran medida el planteamiento de Crozier en el campo organizacional y, al mismo tiempo, criticarlo y señalar sus ambigüedades.²¹

La crítica de Touraine a Crozier es una consecuencia lógica del desarrollo de su esquema teórico, pero no es del todo justificada si nos situamos en el enfoque de Crozier —pues éste no aprueba la jerarquización entre sistemas que elabora Touraine. Tales diferencias aparecen con más claridad en sus respectivas explicaciones de la forma en que cambian las sociedades.

El cambio social

Touraine y Crozier coinciden en señalar que el problema más difícil de explicar es el del cambio social: la forma en que el hombre viejo produce al hombre nuevo.

Touraine considera que la mejor forma de aproximarse al fenómeno del cambio social es combinando una perspectiva sincrónica con otra dinámica. Así, el cambio puede ser explicado por los desfases que se dan entre los diferentes campos o niveles de la sociedad. En el nivel organizativo, los acontecimientos producen modificaciones y las refuerzan; en el nivel político, el cambio de posición de un actor implica una reorganización de todo el campo político, el cual mantiene su continuidad mientras se adapta según los mecanismos de aprendizaje. El Estado interviene para mantener o desarrollar su poder; en el campo de la historicidad, el cambio está regido

²¹ Tanto la forma en que las organizaciones penetran el campo político, su constitución en fuerzas políticas, y los factores que provocan que el sistema político presente distintas caras, se explica en Touraine (1995: 156 y 166).

por los cambios sobrevenidos en las relaciones de clase y por la capacidad de innovación de una sociedad. Así, el cambio siempre es una mutación de un tipo social a otro (1969: 104 y 107; 1995: 305).

En otras palabras, cuanto más nos elevamos hacia la historicidad, el cambio está más determinado por la acción y las relaciones sociales; cuanto más nos alejamos de ella, es mayor el resultado de intervenciones exógenas sobre una organización y su código de funcionamiento.²²

Asimismo, en la medida en que el cambio es ante todo una iniciativa de los actores que modifica las relaciones sociales, Touraine habla de diversas conductas de cambio: acciones críticas o de ruptura de diverso tipo (organizacional, institucional, anticipatoria, revolucionaria) que se sitúan en diferentes campos de la sociedad, y acciones conflictivas que se derivan de las relaciones de clase y que se ubican en el plano del SAH. El primer tipo de conductas nunca son separables de las relaciones sociales, de la significación de una técnica o de un comportamiento de las relaciones de autoridad, de influencia o de poder; mientras que las acciones conflictivas sólo se relacionan indirectamente con el cambio, ya que se sitúan en el plano del SAH, y los actores que encontramos aquí no son agentes directos del cambio.²³ (1995: 306).

Por otra parte, Touraine argumenta que si toda sociedad es, a la vez, orden y movimiento (lo cual es una de las dimensiones del SAH), es posible identificar dos grandes mecanismos de cambio. Por un lado, la historicidad se transforma en orden. Al ocurrir ello las dialécticas que operan en el campo de la historicidad se transforman en frontera que separa lo legal de lo ilegal, la conformidad de la disidencia. Entonces lo que está excluido o reprimido, por lo tanto expulsado de las fronteras de la sociedad, se puede convertir en bárbaro y desorganizarse o replegarse en los guetos de la exclusión, pero puede también romper con el orden establecido y buscar la libertad en el pasado o cada vez más en el futuro: aquí el cambio se produce por ruptura. Por otro lado, el dinamismo de la acción histórica produce tensiones con el orden establecido e implica modificaciones que emergen de la organización social hacia las instituciones, de éstas hacia el campo de la historicidad y de éste hacia los principios mismos de la historicidad: entonces se produce el cambio por innovación.

Los dos anteriores mecanismos son inseparables el uno del otro, su distinción es, sobre todo, analítica. Estos mecanismos, sin embargo, se combinan de modo diferente según el grado de homogeneidad de la sociedad de que se trate. Cuanto más destruidas han sido las formas antiguas por las formas nuevas, más central es el lugar que ocupa el

²² Touraine al explicar la anterior forma de concebir el cambio está criticando tanto a las filosofías de la historia, que confunden los diferentes niveles de análisis en una visión global de la sociedad, como al funcionalismo —y como veremos más adelante, esa crítica también alcanza indirectamente a Crozier—: visión que privilegia la organización social hablando del paso de lo simple a lo complejo.

²³ Quizá sea necesario precisar que Touraine está distinguiendo aquí dos tipos de conductas colectivas que impugnan el orden de clase y que apuntan al nivel de la historicidad. Las que derivan de los movimientos sociales que se sitúan en el nivel de la historicidad y enfrentan a una clase dirigente con una contestataria, por un lado; y las que denomina acciones críticas que atacan la dominación, la cristalización de la dominación de clase en orden social y en hegemonía política, por otro. Es evidente que la distinción que realiza aquí Touraine deriva de la consideración de la doble dialéctica de las clases sociales: al analizar el conflicto clase dirigente-clase contestataria, se hacen aparecer los movimientos sociales; al referirse al par, clase dominante-clase defensiva, se alude a las acciones críticas. Sin embargo, ambos tipos de conductas no pueden existir en forma separada.

cambio por innovación. En cambio, cuanto más fuerte es el dualismo, y lo es, sobre todo, en las sociedades dependientes, más esencial es el papel que desempeña el cambio por ruptura.²⁴

¿Pero de qué depende que en una sociedad predomine el cambio por innovación y en otras por ruptura? Para poder responder esta pregunta necesitamos precisar tanto los vínculos entre historicidad-innovación-organización como el papel del Estado y la naturaleza de la dominación de clase.

Según Touraine, dado que una sociedad no puede ser analizada del todo como una organización —si así fuera, la sociedad tendería hacia la inmovilidad, la estabilización de las normas o la burocratización—, cuanto más fuerte es la influencia del campo de la historicidad sobre las instituciones y las organizaciones, más comprometida está la sociedad en las innovaciones y los conflictos dinámicos. A su vez, el grado en que la historicidad ejerza su influencia sobre un conjunto social depende de la forma en que se manifiesta la doble dialéctica de las clases sociales (1969: 138-142; 1995: 328). Si predomina la movilización popular y la acción de la clase dirigente —en su competencia por la captura del SAH—, la interdependencia de sus acciones suscitará el lado dinámico de la doble dialéctica de las clases sociales: la superioridad del par acción dirigente-acción contestataria sobre el par acción dominante-acción defensiva. Ello, no puede sino empujar hacia adelante a una sociedad, suscitando su desarrollo desde adentro mediante la iniciativa y la impugnación permanente. En cambio, si la sociedad se encuentra dominada por la represión y la violencia (el par acción dominante-acción defensiva) tiende a la inmovilidad, y el desarrollo sólo puede darse mediante la ruptura, por tanto, desde afuera.

En efecto, el lado dinámico de las relaciones de clase, según Touraine, explica la forma en que van siendo reducidas las fuerzas de la inmovilidad, quebrantado el poder y sus valores, la hegemonía, el papel de la clase dominante y, en general, todos los mecanismos de control social. Por tanto, el cambio puede ser introducido desde arriba y desde abajo de la estructura social: el debilitamiento del orden social y las tradiciones, paralelo “al progreso de las fuerzas de producción transforman la experiencia social y permiten el surgimiento de un nuevo estado de la historicidad, que da sentido a una situación que a su vez es nueva” (1995: 331).

Por otra parte, el crecimiento de las fuerzas de producción, y la invención de nuevas formas de historicidad, se vinculan mediante innovaciones que transforman a las organizaciones, a las instituciones y al SAH. Así, en el nivel organizativo los conflictos entre dirigentes y ejecutantes pueden ocasionar círculos viciosos (defensa del sistema mediante el reforzamiento de las reglas y la represión), o bien, la institucionalización de los conflictos organizativos (el funcionamiento de las organizaciones sale de sus límites y penetra el sistema institucional). En el sistema político ocurre algo similar al nivel organizativo, la hegemonía de la clase dominante y el pluralismo de las fuerzas políticas pueden dar lugar a una creciente burocratización política y a la rigidez del sistema, pero también las relaciones institucionales pueden penetrar en el campo de la historici-

²⁴ En un caso o en otro lo que permite darle nueva forma a la historicidad es la penetración de un actor del sistema político en ella: el Estado (Touraine, 1995: 333). Un buen ejemplo de aplicación del modelo de Touraine a las sociedades dependientes, y donde también se considera el cambio social, es el de Zermeño (1994): véase sobre todo caps. iv y vi.

dad; de hecho, el Estado es un agente de comunicación entre los diversos niveles de la realidad social, y, en particular, de las instituciones y la historicidad, su intervención puede hacer avanzar el campo de la historicidad hacia una nueva forma. Finalmente, en el campo de ésta los enfrentamientos entre los actores que operan aquí pueden suscitar invenciones y mutaciones de los componentes de la historicidad (1994: 218; 1995: 331-334).

No obstante, para Touraine no existe una explicación totalmente interna del cambio porque todo cambio estructural se enfrenta con la resistencia de una estructura social. Se necesita también de la intervención del Estado, de su poder e influencia sobre el entorno. Pues una sociedad sólo puede ser abierta cuando es conquistadora y explotadora de otras sociedades más débiles. Y, en el mantenimiento de las condiciones desiguales de la acumulación, el papel del Estado resulta fundamental. Es justamente este desequilibrio exterior el que permite que en una sociedad que se impone a otra, predomine el conflicto clase dirigente-clase contestataria sobre el conflicto clase dominante-clase popular defensiva. De ese modo, es posible que se desencadene el proceso al que hemos aludido más arriba: que la dinámica de las relaciones de clase tiendan a disociar un orden social que pone en tela de juicio la innovación y las formas de actividad económica que se modernizan. Así, la "conjunción de la modernización y de la innovación produce el desarrollo por dentro" (1995: 334).

Por tanto, para Touraine el paso de una sociedad a otra siempre está vinculado al papel central de la dominación: o bien nace de la revuelta contra una dominación interior, y entonces es la acción crítica que actúa contra el bloqueo y la rigidez de los sistemas sociales la que provoca la mutación (desarrollo por fuera), o bien nace de una dominación ejercida sobre el exterior por una sociedad determinada, de tal modo que las mutaciones se den mediante la innovación (desarrollo por dentro) (1995: 334).

Touraine señala que en todos los anteriores casos, los conflictos y los movimientos sociales permanecen en el centro del análisis. "No es que sean por sí mismos agentes del cambio, sino que por el contrario, son a la vez el lugar de la innovación y de la ruptura. Conducen a la institucionalización y a la modernización, y su lucha contra la dominación conduce a la acción crítica y a la mutación" (1995: 340; 1994: 232-241). En este aspecto Touraine difiere sustancialmente de Crozier, quien, de hecho, ni siquiera se preocupa por estudiar los movimientos sociales. Pero con el siguiente argumento hay un punto de encuentro entre ambos autores. Touraine agrega, no obstante lo anterior, que el análisis del cambio sólo es posible si no se sitúa ante todo en el campo de la historicidad —que sólo reconoce un enfoque sincrónico—, sino que por el contrario se ubica en el nivel de la organización social: "allí donde la clausura del orden dirigido por un poder y sus valores transforma el enfrentamiento de las clases en acciones de transformación, en la búsqueda de un futuro" (1995: 340 y s.).

En suma, el cambio social para Touraine sólo se puede comprender a partir de la historicidad pero es lo contrario de su puesta en práctica. Nace del encuentro de la historicidad y del funcionamiento, de sus tensiones y contradicciones. Es el cruce de los planos sincrónico y diacrónico (1969: 104-107).

Por otro lado, Crozier coincide con Touraine al afirmar que el cambio social no es natural sino una construcción humana, una iniciativa de los actores sociales.

En efecto, según Crozier, reconocer el carácter construido de nuestros modos de organización, de nuestros modos de acción colectiva, implica aceptar también que el cambio tiene el mismo carácter, es admitir que el cambio constituye un problema, no tanto por lo fácil o difícil que pudiera ser sino porque *no es natural*.

Al igual que Touraine, Crozier afirma que el cambio no es ni el majestuoso correr de la historia, ni la concepción y puesta en práctica de un modelo más "racional" de organización social. No puede ser comprendido más que como un proceso de creación colectiva mediante el cual los miembros de una colectividad *aprenden* juntos, es decir, *inventan y determinan* nuevas formas de jugar el juego social de la cooperación y el conflicto (o, lo que es lo mismo, una nueva praxis social) y adquieren las capacidades cognoscitivas, de relación y organizativas correspondientes. Es un proceso de aprendizaje colectivo que permite instituir nuevos constructos de acción colectiva que crean y expresan una nueva estructuración del o de los campos de acción.

La transformación de nuevas formas de acción colectiva para permitir que haya más iniciativa no pasan por *menos organización* sino por *más organización*, en el sentido de una estructuración consciente de los campos de acción (Crozier, 1972: 166; 1990: 30).

Para que haya cambio Crozier señala que es preciso que se transforme todo un sistema de acción, es decir, que los hombres pongan en práctica nuevas relaciones humanas y nuevas formas de control social. Aquí se habla de los juegos que dirigen las relaciones sociales y forman la trama de las instituciones. Y lo que tiene que cambiar en esos juegos no son tanto las reglas sino la propia naturaleza del juego. En suma, "es preciso que cambien las diferentes formas de control social que hacen posible la regulación, pero que al mismo tiempo la complican" (1990: 314).

Asimismo, el potencial para el cambio de una sociedad, o de todo un conjunto humano, se determina por la riqueza y la superabundancia, no tanto material, sino relacional e institucional. Pues un conjunto pobre es naturalmente, un conjunto rígido sumamente dependiente de las instituciones deterioradas que ha logrado elaborar. Estas instituciones constituyen un sistema o varios sistemas de acción indispensables, cuya desaparición acarrearía una inmediata regresión. Un conjunto rico, y por tanto más diversificado es, por lo contrario, un conjunto que dispone de un gran número de "círculos viciosos" para afirmar su integración. Se puede postular que este conjunto puede permitir con más facilidad la ruptura de uno o de varios de esos círculos sin sufrir daño alguno. Así, se puede afirmar que un conjunto moderno complejo es menos frágil que un antiguo conjunto pobre. Este último se mantiene integrado por medios de restricción poco resistentes, por la coerción, la religión o una ideología frustrante. Los sistemas de acción que lo caracterizan son rígidos y falsamente coherentes. Sus miembros no pueden pues correr el riesgo del cambio fácil. Para que el cambio sea fácil es preciso que haya juego en el sentido inglés de la palabra *slack*, en el sistema en cuestión. Así, enfatiza Crozier, "si la historia es cínica, no es porque progrese por la violencia, sino por la riqueza. Las sociedades más avanzadas son las que tienen más probabilidad de inventar lo nuevo, y los conjuntos menos estrechamente integrados y que disponen de más recursos son los que pueden transformarse más fácilmente" (1972: 185; 1990: 326 y s.).

En la anterior formulación del cambio Crozier parece estar coincidiendo con Touraine en distinguir así el cambio por innovación y ruptura, en la

mayor potencialidad de cambio que tienen las sociedades más avanzadas o abiertas.²⁵

Sin embargo, no sólo difieren en la escala donde desarrollan sus propias perspectivas sino también en el papel que tienen los actores (el descubrimiento de un valor agregado), y la función de la teoría para impulsar el cambio social. Para Crozier, la función de la teoría no es un factor decisivo para impulsar las acciones de cambio; lo que sí es posible saber, es cuáles son las capacidades y los recursos de un sistema y, en la escala teórica, el método de análisis y de experimentación. Crozier señala que las sociedades modernas disponen de numerosas especulaciones teóricas que arrojan abundante información sobre los contextos y los problemas, pero son profundamente ignorantes de la realidad del funcionamiento de sus sistemas prácticos. En este contexto, después de atacar las ideas de Daniel Bell sobre la sociedad posindustrial, Crozier se dirige al planteamiento de Touraine:

88

Estas 'teorías sustantivas' son en realidad una regresión, pues provienen por completo del modelo antiguo de razonamiento construido alrededor de la lógica del *one best way*. La idea de que el porvenir es indeterminado, que los hombres inventan mediante la experimentación a partir de los recursos y las oportunidades que ofrece la 'naturaleza', les es ajena. De hecho, se trata de definir a partir de un análisis de las variables universales que rigen la estructura y la evolución de las sociedades, la configuración histórica particular que determina cuál es el mejor camino que pueden y que deben tomar los hombres. Es un procedimiento tal que, a nuestro entender, continúa disminuyendo el alcance de obras tan sistemáticas como por ejemplo la de Alain Touraine (1990: 333 y s.).

Una de las diferencias sustanciales entre Crozier y Touraine, sobre la forma de explicar el cambio social, deriva de que el primero se coloca en lo que desde la teoría de Touraine aparece como el campo organizacional, en tanto que éste último distingue varios niveles de análisis; ocurre que, desde el enfoque de Crozier, como se alude en la cita anterior, Touraine construye una teoría que distingue una jerarquía entre los elementos de la realidad social, lo cual, dados los conocimientos que tenemos sobre las sociedades, resulta inaceptable. Aquél considera que, por más fuertes que sean los mecanismos que se descubran, por más recurrentes que nos puedan parecer, "nunca dejarán de ser leyes tendenciosas que jamás se explican en forma clara", su efecto siempre está enmascarado por la existencia de otros mecanismos que forman parte de su composición. Asimismo, "la jerarquía, implícita o explícita, que se postula y que permite poner en evidencia el punto clave, que es la dinámica de apoyo, no tiene fundamentos empíricos" (Crozier, 1990: 311).

Conclusiones

Si bien Crozier y Touraine en sus formulaciones teóricas parten del carácter no natural sino construido de la acción colectiva, el segundo elabora una teoría con un mayor grado de complejidad y sistematicidad en la que delimita, en diferentes campos, el entramado relacional entre los

²⁵ Aunque para Touraine, Crozier sólo estaría considerando las relaciones entre innovación-organización sin considerar el fundamental concepto de la historicidad.

actores; mientras que Crozier, argumentando que toda acción colectiva es organizada e implica relaciones de poder y ciertas reglas de juego, intenta dilucidar cuáles son los márgenes de libertad y las restricciones que enfrentan tanto los actores como los sistemas organizados. Para él la cultura nunca elimina los márgenes de libertad del actor, a lo sumo es un repertorio de programas para la elección de estrategias. En cambio, Touraine otorga un mayor peso a las orientaciones culturales y considera que siempre hay una lucha por su control, entre clases antagónicas, en el plano del sistema de acción histórica.

La teoría de la sociedad que elabora Touraine asimila las aportaciones de Crozier en el plano organizativo y, a la vez, crítica sus confusiones del sistema político y organizativo. Asimismo, en la medida en que Crozier da por supuestas las relaciones de dominación, según Touraine, ello le impide ver el campo de la historicidad, plano en el que se explica cómo la dominación nunca puede ser completa, porque el sistema de acción histórica, por definición, no puede apropiárselo una sola clase. Aquí encontramos una permanente lucha de clases y movimientos sociales antagónicos que entablan relaciones conflictivas por el control de las orientaciones culturales.

Crozier, en cambio, rechaza todas las formulaciones teóricas que traten de establecer una jerarquía entre los diferentes niveles de análisis, pues el estado actual de nuestros conocimientos sobre la sociedad nos lo impide. De hecho, cuando él habla de sistemas se refiere a ellos más como un postulado de investigación que como un concepto ontológico. Así, es evidente que el ordenamiento que realiza Touraine de los sistemas sociales que integran la estructura de una sociedad, a partir del sistema de acción histórica, no es compartido por Crozier. Por ello, si uno se sitúa en la perspectiva de Crozier para observar la teoría de Touraine es difícil afirmar, como lo hace Touraine, que Crozier se ubique sólo en el nivel organizacional. Pues para Crozier no es posible argumentar *a priori* una jerarquización entre sistemas, ni establecer una dinámica privilegiada que impere sobre otras, sino que todo ello es siempre un problema que sólo el análisis empírico puede resolver. Si Crozier se ha especializado en el campo organizativo no es porque lo considere como el más importante sino porque presenta una serie de características que le permite analizar cómo funcionan los sistemas en general.

Por otra parte, al desarrollar su teoría en la dirección anterior Touraine parece discrepar sobre todo con Marx: cómo se produce la sociedad a sí misma mediante un doble trabajo, cómo identificar los nuevos movimientos sociales que nos permitan construir una sociedad más humana y, por tanto, más libre, cómo evitar que la sociedad de consumo se hunda en la barbarie, cómo elaborar una tipología de las sociedades.

Crozier, en cambio, se desentiende de Marx —pues para él la muerte del dios-Sociedad es tan evidente que no amerita discusión—²⁶ y su programa de investigación se encuentra en franca discusión con Weber.

²⁶ "La muerte de ese dios-Sociedad constituye una segunda muerte de la trascendencia social —la primera fue cuando Nietzsche y Dostoievsky proclamaron 'si Dios ha muerto todo está permitido'. Un sociólogo como Alain Touraine, a su vez fascinado largo tiempo por el carácter religioso del movimiento social, expresa a la perfección la profundidad de esta crisis cuando proclama que la 'sociedad ya no existe' " (1992: 260). En otras palabras después de que "matamos a Dios" creímos que la salvación estaría en depositar nuestra fe en la sociedad. La caída del socialismo real derrumbó tal sueño.

Los márgenes de libertad del actor nunca pueden ser eliminados por los círculos burocráticos, ya sean rígidos o virtuosos, ni por ningún sistema, no hay evolución hacia la "jaula de hierro". Por el contrario, no es con menos organización sino con más organización, en un sentido creativo, como se puede progresar hacia una mayor libertad en las sociedades complejas.

Las anteriores diferencias entre Crozier y Touraine se manifiestan con mayor claridad en su concepción del cambio social. El único punto en que coinciden es en la idea de que las sociedades pueden cambiar más fácilmente entre más elevada sea su riqueza tanto material como institucional. Pero difieren no sólo por el plano de análisis en que se ubican para explicar el cambio social, sino por las apuestas valorativas que mantienen, aspecto que nos parece esencial para comprender la dirección en que se encuentran sus teorías —si bien ambos desean sociedades más libres y humanas difieren en el modo en que ello puede lograrse. Touraine con la construcción de una sociología que se apoya en una dimensión sincrónica, elabora un proyecto de investigación en que, además de plantear una teoría de la transición de la sociedad industrial a la posindustrial, intenta dilucidar el papel de los nuevos movimientos sociales.

En cambio, Crozier al ver la cultura como un repertorio de programas para la elección de estrategias, a los cuales incluso los actores pueden renunciar en cualquier momento y elegir otros, y al no problematizar la dominación, sino considerarla como premisa de la que hay que partir, situándose en una dimensión más dinámica que sincrónica, se esfuerza por explicar el modo en que los actores realizan innovaciones, aprenden nuevas reglas de juego, y aprenden a ponerlas en práctica desanudando círculos organizativos rígidos y desencadenando los virtuosos. Así, encontramos que el cambio es concebido como un perfeccionamiento gradual, por medio de ensayo y error, de los constructos de la acción colectiva, es decir, de la estructuración de los diferentes campos de acción de la sociedad.

De esta manera, mientras Crozier se pronuncia por una sociología experimental y práctica, que contribuya a construir una sociedad más habitable y donde haya espacio para la responsabilidad individual,²⁷ Touraine lo hace por una sociología empeñada en la desmitificación de las relaciones de dominación y comprometida abiertamente con causas humanistas y libertarias, por tanto, esencialmente crítica, pero sin renunciar a la objetividad.²⁸

²⁷ Moralmente Crozier cree que el camino está en actualizar la parábola de los talentos: "¿Qué has hecho del talento que te había confiado?, dijo el Señor a aquél que lo había hundido bajo tierra. El mal servidor no es sólo aquél que dilapida su talento, sino el que no lo hace fructificar. La moral de la parábola de los talentos es una moral de la libertad al mismo tiempo que una moral de la inversión. A mi parecer, ofrece el razonamiento mejor adaptado al mundo de la complejidad... La libertad del hombre es su talento... esta libertad no debe atesorarla en una defensa en contra de los demás ni en contra del sistema, sino hacerla fructificar". Y para ello necesitamos una ciencia experimental. Ello no implica una renuncia a los valores sino una apuesta para encontrar el mejor camino para hacerlos progresar, mediante la innovación y el aprendizaje (Crozier, 1992: 268; 1972: 163 y 166; 1969: 210 y s.).

²⁸ "La sociología no lanza una mirada indiferente sobre la sociedad... el sociólogo es un agente de liberación que muestra que ningún actor jamás detenta el sentido total de las relaciones sociales en las que está involucrado..." (Touraine, 1995: 347). Asimismo, en otra parte señala: "Yo que dado mi carácter soy incapaz

Bibliografía

- Axelrod, Robert, *La evolución de la cooperación. El dilema del prisionero y la teoría de juegos*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- Bizberg, Ilán, "Individuo, identidad y sujeto", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, México, El Colegio de México, 1989.
- Cohen, Jean L., "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", en *Social Research*, vol. LII, núm. 4, invierno, 1985.
- Crozier, Michel, *Estado modesto, Estado moderno. Estrategia para el cambio*, México, FCE, 1992.
- , *La sociedad bloqueada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- , *El fenómeno burocrático*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.
- , y Ehrard Friedberg, *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, México, Alianza Editorial, 1990.
- Friedberg, Erhard, "Las cuatro dimensiones de la acción organizada", en *Gestión y Política Pública*, vol. II, núm. 2, jul.-dic., 1993.
- Grémion, Pierre, "Michel Crozier's Long March: the Making of The Bureaucratic Phenomenon", en *Political Studies*, vol. XL, pp. 5-20, 1992.
- Lemert, Charles C., "Reading French Sociology", en Charles C. Lemert (ed.), *French Sociology. Rupture and Renewal since 1968*, Nueva York, Columbia Press, 1981.
- Melucci, Alberto, "Notas Críticas. La acción colectiva como construcción social", en *Estudios Sociológicos*, vol. IX, núm. 26, México, El Colegio de México, 1991.
- Olson, Mancur, *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y teoría de grupos*, México, Límusa, 1992.
- Scott, Alan, "Action, Movement and Intervention: Reflections on the Sociology of Alain Touraine", en *Review Canadian of Sociology and Anthropology*, núm. 28, vol. 1, 1993.
- Tarrés, María Luisa, "Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva", en *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 30, México, El Colegio de México, 1992.
- Touraine Alain, *Producción de la sociedad*, México, UNAM/IFAL, 1995.
- , *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, FCE, 1994.
- , "La hora de la democracia. La transición democrática en el Este y en el Sur", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 128, junio, 1991.
- , *Cartas a una estudiante*, Barcelona, Kairós, 1977.
- , *Sociología de la acción colectiva*, Barcelona, Ariel, 1969.
- Tsebelis, George, *Nested Games. Rational Choice in Comparative Politics*, Berkeley, University of California Press, 1990.
- Zapata, Francisco, "Premisas de la sociología accionalista", en *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, México, El Colegio de México, 1992.
- Zermeno, Sergio, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo Veintiuno editores, 1994.

de convertirme en un hombre de aparato, que no puedo pretender ser un sabio y que me creo incapaz de hundirme en la rutina o la mundaneidad, qué otra cosa puedo hacer más que correr hacia adelante... sufriendo nuevos arranques de furia, entusiasmo, esperanza, que me hacen volver al torbellino del movimiento del que intento captar y unir algunos hilos" (1977: 16). Esta pasión libertaria y fe en los movimientos sociales, por parte de Touraine, se reafirma en uno de sus libros más recientes. Cuando habla de la necesidad de alcanzar una democracia sustantiva, señala: "Contra los totalitarismos, pero lejos de una sociedad reducida a un mercado, hay que concebir una democracia basada en movimientos sociales defensores del sujeto humano contra la doble impersonalidad del poder absoluto y el reinado de la mercancía" (1994: 338; 1991).

